

atractivos bienes (que podían ser haciendas, casas y capitales) cumplían una función “espiritual” sin sustraerse a los intereses económicos más pragmáticos y terrenos, y por ello mismo fueron el escenario de relaciones de poder entre las esferas estatal y eclesiástica.

En el último capítulo la autora explora una considerable suma de 320 testamentos de los archivos notariales de Santafé, para estudiar las prácticas y costumbres funerarias, y concluir que, aunque señalan una tendencia general, “...sin embargo, no alcanzan a expresar los estremecimientos acaecidos ante sucesos como la epidemia de viruela de 1801-1802, los conflictos por la desamortización de bienes espiritualizados sucedidos entre 1804 y 1809, las convulsiones políticas de 1810, 1816 y 1819 y, por último, las presiones del gobierno republicano entre 1823 y 1830 para suspender la inhumación en iglesias” (pág. 156).

Estudiar los testamentos desde la perspectiva de las costumbres funerarias, supone, como lo señala Ana Luz Rodríguez, valorarlos como documentos que trascienden la simple declaratoria notarial, para reconocer sus significados sociales, religiosos y sentimentales. Los testadores santafereños, fueran propietarios o carentes de bienes, lo hacían en medio de diferentes circunstancias: por previsión, por enfermedad, por embarazo en el caso de las mujeres, en vista de lo riesgoso de participar en una campaña militar o en algunos casos, por la pena de muerte que se les imponía.

Ésta, como toda investigación que debe delimitar su atención sobre series documentales parciales, ofrece un significativo y esforzado análisis y un conjunto de cuadros sobre los habitantes (hombres y mujeres) que testaron, su nivel económico y de alfabetización, su clasificación por parroquias, su situación económica, los motivos para testar, los tipos de mortaja y lugares de sepultura solicitados, los costos que alcanzaban los funerales y misas por el alma y, por último, la pretensión de fundar capellanías por parte de los testadores y su pertenencia a cofradías.

Con su tesis de maestría, Ana Luz Rodríguez da continuidad a la historia urbana en Colombia, y toma distancia de lo institucional —lo que no quiere decir que lo abandone— para estudiar lo religioso como fenómeno social según la tendencia de la historiografía reciente. Explora una amplia variedad de fuentes primarias estadísticas, institucionales, notariales, testamentarias, criminales y eclesiásticas, entre otras. En la obra se conjuntan las perspectivas de los estudios sobre historia urbana, religiosidad, historia de las mentalidades, y vida cotidiana, y es una buena invitación a trabajar el periodo de la Independencia, no siempre tan apetecido entre los historiadores de profesión.

JUAN CARLOS
JURADO JURADO

1. Renán Silva, *Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada. Contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales*, Cali, Universidad del Valle, 1992.
2. *Ibid.*, pág. 8.
3. *Ibid.*, XV-XVI y 82.
4. *Ibid.*, págs. 78 y 79.
5. Germán Colmenares, “Censos y capellanías: formas de crédito en una economía agrícola”, en *Cuadernos Colombianos*, vol. 1, núm. 2, marzo-junio de 1974.

Un clásico

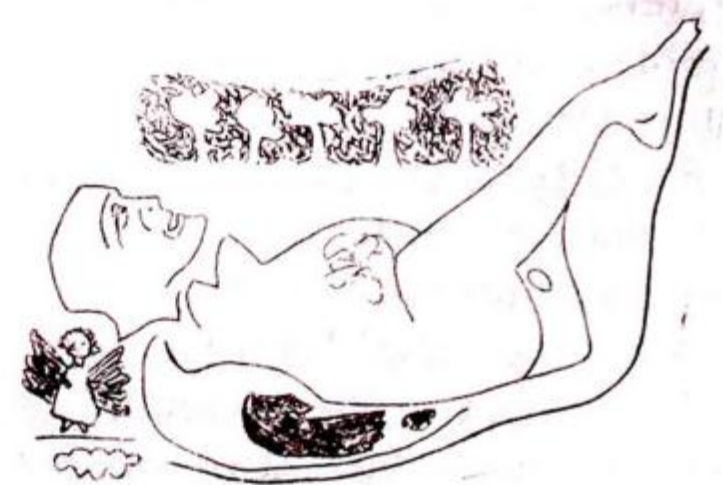
Café y conflicto en Colombia (1886-1910)

Charles Bergquist

Banco de la República/El Áncora Editores, 2.^a ed., Bogotá, 1999, 403 págs.

Hace más de cien años se inició en nuestro territorio la guerra civil más sangrienta, prolongada y costosa del siglo XIX en toda América Latina. Sobre la historia de este acontecimiento se destaca como un libro pionero *Café y conflicto* del historiador estadounidense Charles Bergquist, del que se acaba de publicar su segunda edición en español.

La primera versión de la investigación fue presentada como tesis de doctorado en 1973, lo que indica que la investigación se realizó entre fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Cuando se efectuó la investigación, el paradigma dominante en las ciencias sociales de América Latina era la teoría de la dependencia, que de alguna forma, al parecer marginal, influyó también en las universidades de los centros capitalistas del mundo, como en Estados Unidos. Pero, como nos lo recuerda en el prólogo a la segunda edición en inglés de 1986, si bien el impacto de la teoría de la dependencia se puede apreciar con relación a las tesis centrales de *Café y conflicto*, Bergquist no cayó prisionero del esquematismo propio de la mayor parte de análisis hechos desde esta corriente, que reducían la historia a una serie de fórmulas mecánicas a partir de los cuales estudiaban la historia, sin profundizar en el análisis de material empírico que pudiera desmentir o corroborar sus esquemas. Para sortear el esquematismo, era necesario adentrarse en el conocimiento de una realidad específica, con toda su riqueza y complejidad. Y la formación profesional como historiador de Charles Bergquist le permitió fundir de manera creadora los aportes indudables de la teoría de la dependencia con el estudio de la realidad colombiana de fines del siglo XIX.



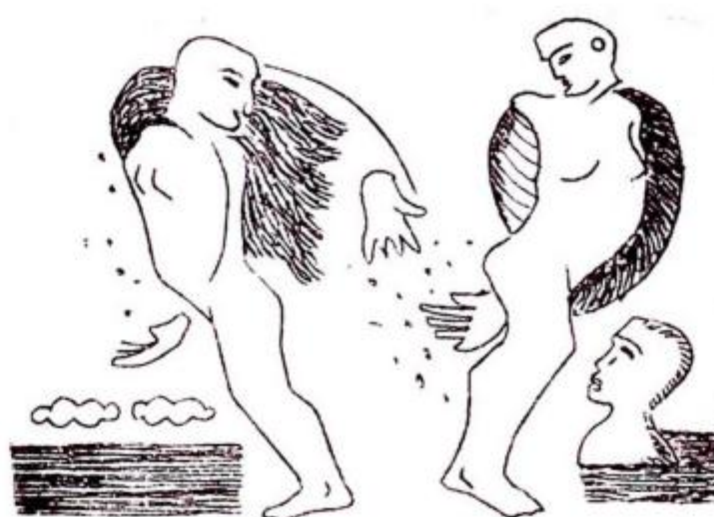
El objeto de estudio particular que aborda el libro que estamos comentando es la guerra de los Mil Días (1899-1902), pero la manera como se aproxima el autor es de por sí llamativa, porque para considerar-

lo no se limita estrictamente, como suele suceder en estudios monográficos especializados, a ese marco cronológico, sino que hace un análisis amplio desde el punto de vista temporal que lo remite a la evolución colombiana de la segunda mitad del siglo XIX para encontrar los elementos explicativos de larga y media duración que permitan comprender la trama coyuntural de los acontecimientos de la guerra de los Mil Días. Para eso se remite a la Regeneración y sus antecedentes, situando el centro del análisis en el proyecto de vinculación de la economía colombiana al capitalismo mundial. En el prefacio a la primera edición se dice claramente que este libro “explora, de manera detallada, el impacto sobre Colombia de las poderosas corrientes económicas, políticas y culturales generadas por el desarrollo económico de las naciones del Atlántico Norte” (pág. 16).

La vinculación de Colombia a la economía capitalista mundial era una condición ineludible, a la que las clases dominantes del país no podían escapar, ya que se trataba, en última instancia, de la acumulación de capital a escala nacional, que tras los fracasos de los radicales y la reacción regeneradora, simplemente se difirió un poco y se hizo más complicada y más sangrienta, ya que formaba parte de “un doloroso proceso social que se extendió a todo el globo y que, a lo largo del siglo XIX, llevó a la consolidación de un nuevo orden capitalista mundial” (pág. 28); orden al cual el país no podía escapar, como se puso de manifiesto con los trágicos sucesos de Panamá en 1903.

Desde el punto de vista político, Bergquist asocia la crisis del modelo agroexportador desde fines de los años 1870 a la crisis coetánea del dominio político liberal-radical, puesto que entre 1850 y 1875 el “éxito de la agricultura de exportación condujo al surgimiento y predominio del partido liberal en Colombia” (pág. 35). En contraposición, el declive agroexportador (es decir, el fracaso del tabaco, la quina y el añil en los mercados mundiales) significó el eclipse del partido liberal, haciéndolo

se dominante una “filosofía y política de corte conservador, acorde con el regreso del país a una economía agraria relativamente cerrada” (pág. 36). Al hacer una reconstrucción de los ciclos exportadores, principalmente el del tabaco, con el dominio liberal se observa una perfecta sincronía, que se explica porque los ingresos económicos generados por el auge del tabaco en el mercado mundial proporcionaron recursos que fortalecieron al partido liberal material e ideológicamente. El periodo radical se caracterizó, entonces, por la hegemonía (concepto de Antonio Gramsci utilizado de manera explícita por Bergquist; véase nota 18, pág. 40), pues mientras “floreció la economía de exportación, la ideología liberal logró convencer, neutralizar o forzar hacia la defensiva a muchos cuyos intereses no se beneficiaron —y aun fueron perjudicados— por las políticas liberales” (ibíd.).



A partir del reconocimiento de los dos partidos de la vinculación del país a la economía mundial, las diferencias se daban alrededor de cuestiones relacionadas con el papel del Estado y la Iglesia en la sociedad colombiana. Mientras que los liberales buscaban la transformación de la estructura social, sus ideas y valores, en concordancia con su filosofía política y económica, abiertamente ligada al mercado mundial desde el punto de vista económico, y universalista desde el punto de vista ideológico, los conservadores se preocupaban por mantener esa estructura social, en la cual la Iglesia irá a desempeñar una función central.

Se puede notar cómo Bergquist introduce otro aspecto, también influido por la teoría de la dependen-

cia y por el análisis marxista, consistente en señalar una directa relación entre economía y política, que el autor denomina política económica. Esto quiere decir que un cambio político tan trascendental para la sociedad colombiana, como lo fue el paso del radicalismo a la Regeneración, no se puede explicar apoyándose solamente en los aspectos inmediatamente políticos, sino que debe relacionarse con las transformaciones económicas y materiales. “Se parte —nos dice el autor— del principio de que la investigación de las tendencias económicas básicas y del análisis de los intereses ideológicos y económicos de la clase dirigente proveen el punto de partida más fructífero para la comprensión de la historia política colombiana de fin de siglo” (pág. 16). Esta propuesta significó en su momento, y todavía significa, un claro desafío a la forma tradicional de escribir la historia en Colombia y en algunas otras partes de América Latina, en donde los cambios históricos se explicaban de manera idealista, a partir del cambio de actitudes o de propuestas políticas y culturales, sin que se tratara de establecer ningún tipo de vínculo con las transformaciones de la realidad material y económica. En el análisis de este periodo de la historia colombiana, esto quiere decir que se relacionará la forma como los intereses cafeteros (por supuesto ligados a una estructura material específica y a unas relaciones sociales de producción concretas) “florecentes en la década de los años noventa y luego derrotados en la guerra, lograron, en una difícil lucha, ganar la paz y consolidar en Colombia, hacia 1910, un nuevo orden de estabilidad política y un desarrollo económico orientado hacia la exportación” (pág. 17).

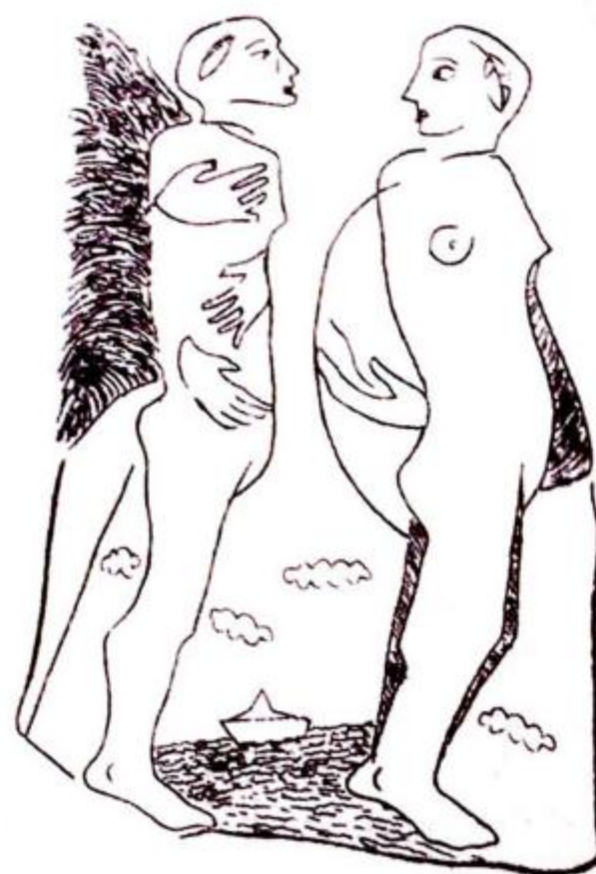
En cuanto al relato histórico, en *Café y conflicto* se analizan una serie muy variada de aspectos, a lo largo de tres partes y diez capítulos. La primera parte, consagrada a los “orígenes de la guerra”, apunta a escudriñar las ramificaciones políticas del auge cafetero que se presentó después de 1886 (el mismo año de la Constitución y de consolidación del

proyecto Regenerador), lo que no deja de ser una ironía, puesto que entre ese año y los primeros de la década de 1890 existe un alza en los precios internacionales del café. Por esta razón se abordan de manera sistemática, aunque por momentos muy general, distintos aspectos relacionados con la consolidación de la economía cafetera y sus distintos aspectos tanto internacionales como nacionales.

Así como Bergquist ha esbozado una tesis global sobre el impacto político de los auges y caídas en la agroexportación, así mismo la esbozará en forma particular para el caso del café. La historia de la Regeneración está, en consecuencia, directamente ligada al aumento y posterior caída de los precios del café (pág. 71).

Dos cuestiones directamente entrelazadas dominaron el debate político en la época de la Regeneración: en el plano político la cuestión de las libertades públicas y la representación política, y en el plano económico el asunto del papel moneda de curso forzoso; es decir, las bases fiscales de la Regeneración, ya que el régimen de papel moneda golpeó en gran medida a los comerciantes exportadores e importadores y a quienes poseían capital líquido, sectores todos —representados en el partido liberal y en algunos sectores del conservatismo histórico— que se convirtieron en los principales opositores de la Regeneración. Ésta empleó como mecanismo para aislar a sus críticos y opositores la represión y la persecución, así como la instauración de un régimen profundamente antidemocrático. De manera paradójica, el régimen clerical y conservador instaurado por la Regeneración también se fue debilitando por la misma razón que se había resentido el radicalismo; es decir, por la caída en el auge de un producto de exportación, en este caso el café, lo que empezó a ser evidente después de 1896, cuando se desfondaron los precios del café colombiano en el mercado mundial, lo que afectó seriamente al gobierno, que dejó de

recibir divisas por exportación y vio disminuir seriamente sus ingresos aduaneros. Los grupos exportadores se colocaron a la cabeza de la oposi-



ción y hasta ese momento utilizaron “todos los medios pacíficos a su disposición para cambiar los sistemas fiscales y políticos de la Regeneración” (pág. 91).

El tercer capítulo, titulado “Fracasan los intentos de reforma 1896-1898”, está dedicado al recuento y análisis de esos medios pacíficos utilizados por los opositores a la Regeneración, inspirados en la ideología librecambista, cuya fuente nutricia estaba en el capitalismo del Atlántico Norte. Aquí se establece un nexo directo entre los intereses ideológicos de las fracciones políticas y su correspondencia de clase: mientras que los conservadores nacionalistas no tenían nexos con la economía de exportación e importación, sino con la agricultura tradicional, y representaban los intereses de la burocracia, la Iglesia y los terratenientes convencionales, y su expresión ideológica era prohispanica y confesional, los liberales, y en menor medida los conservadores históricos, estaban ligados a la economía de exportación. Uno de los aspectos centrales de esa pugna (expresada perfectamente por Rafael Uribe Uribe, considerado por Bergquist como el “campeón de los intereses cafeteros”) se dio en torno al impuesto a la exportación de café, que, tras prolongados deba-

tes en el Congreso y en la prensa, fue suprimido. Asimismo, las controversias políticas y electorales de fines del siglo están directamente relacionadas con los intereses contrapuestos, desde el punto de vista ideológico y programático, entre las diversas facciones de las clases dominantes colombianas, pero también con el deterioro de la situación económica, bastante influida por la caída de los precios del café.

La segunda parte del libro se dedica a la guerra de los Mil Días. Para comenzar, se rastrean las causas inmediatas del conflicto, resaltando el contexto general de crisis fiscal del gobierno motivada por la caída en los ingresos externos, motivada, a su vez, por la caída en los precios del café. Esto incidió inmediata y directamente en las zonas cafeteras (principalmente en Cundinamarca y Santander, las más importantes para entonces), donde entre muchos hacendados e incluso peones tomaba fuerza la idea de la “revolución” (como, por entonces, se llamaba a las guerras civiles y pronunciamientos armados). Este nexo descrito magistralmente por Bergquist nos recuerda la célebre afirmación de Mario Arrubla, no por casualidad uno de los principales teóricos de la dependencia en nuestro medio, de que las “cotizaciones internacionales del café en la bolsa de Nueva York determinan las declaraciones de amor en las lomas antioqueñas”, para expresar los sutiles hilos que unen la trama del comercio internacional de los productos agrícolas primarios con la vida cotidiana de la gente, porque, como lo dice Bergquist, “a fines del siglo XIX el intrincado contrapunto entre el sistema económico internacional y la política interna colombiana alcanzó su punto” (pág. 203). Pero no se piense que lo que se hace en *Café y conflicto* es un análisis economicista que mecánicamente deriva del mercado mundial el comportamiento político de los partidos colombianos y sus facciones. De ninguna manera; por el contrario, se hace un contrapunteo equilibrado en el que se profundiza en las contradicciones políticas que llevan a

que las fuerzas internas de liberales y conservadores se formen en uno u otro bando en la guerra que se inicia el 17 de octubre de 1899. Así las cosas, la cuestión de las lealtades al comenzar la guerra está directamente ligada con la militancia política y con la tradición partidista, sobre todo en los sectores plebeyos del campo y la ciudad, antes que a las complicadas alianzas que se pudieran establecer entre conservadores históricos y liberales guerrillistas o a las declaraciones de neutralidad en el conflicto de algunos conservadores históricos o la apatía de los liberales pacifistas. A la hora de la confrontación las masas conservadoras se alinearon al lado del gobierno nacionalista y las masas liberales se fueron a pelear junto a los liberales guerrillistas. En este caso, se puede decir que la coyuntura negativa internacional para el café creó el ambiente y las condiciones para el desencadenamiento de la guerra, pero ésta se ligaba con la historia y con las tradiciones de los partidos y con su particular influencia regional en esta o aquella provincia.

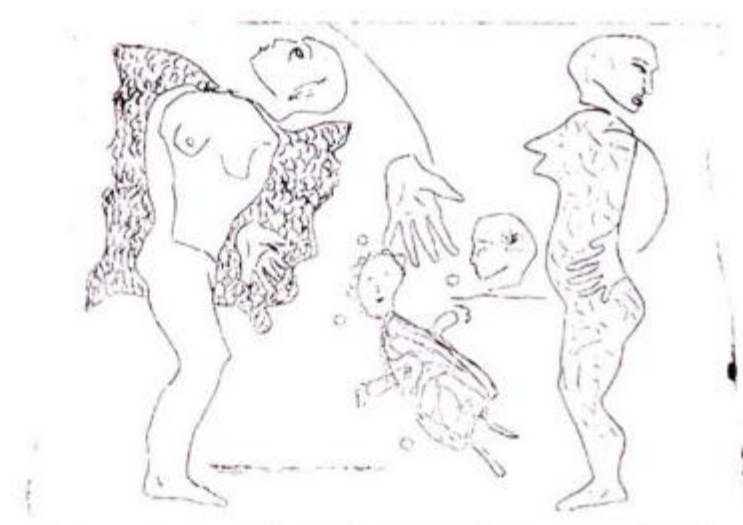


El análisis como tal de la guerra se hace en dos capítulos, uno consagrado a la primera fase y que el autor denomina “la guerra de los caballeros” y la segunda fase de “guerra de guerrillas”. La primera

duró unos seis meses y se distinguió por la lucha entre ejércitos organizados dirigidos por militares de las clases dominantes y por el reclutamiento forzado por parte de los dos bandos. El gobierno, incorporando al ejército oficial a cuanto se le atravesara en el camino en veredas, poblados y ciudades, y los hacendados liberales y conservadores vinculando a sus peones y agregados al bando de su partido. La segunda fase de guerra de guerrillas se prolongó durante dos años y medio y fue asumido como táctica por los liberales después de la célebre derrota de Palonegro, en Santander. La generalización de la guerra de guerrillas por los liberales contribuyó a deteriorar aún más el estado crítico de la economía cafetera, por sus efectos sobre la producción y distribución de café, y estimuló indirectamente las emisiones de papel moneda por parte del gobierno para financiar la guerra, lo que generó un alza espectacular en la tasa de cambio. Políticamente, esta situación llevó a fortalecer a los sectores belicistas de los dos partidos, y en el seno del gobierno a que se incrementaran las medidas de control y represión en las ciudades, principalmente en Bogotá.

La guerra concluyó, indica Bergquist, por varias razones: por un lado, teniendo en cuenta el “salvajismo” que había asumido el conflicto, que se materializaba en la pérdida de respeto a la propiedad privada y a los privilegios, tanto por parte del gobierno como de las fuerzas liberales, los miembros de las clases dominantes se asustaron y clamaron por el cese a las acciones; por otro lado, porque los representantes de las clases dominantes intuyeron el peligro de la separación de Panamá, aunque no la pudieron evitar, y las ambiciones de Estados Unidos, que como un águila imperial había puesto sus ojos en el istmo. No fue pura casualidad que el acuerdo de paz se haya firmado a bordo del Wisconsin, un buque de guerra de los Estados Unidos, y muy cerca del suelo panameño, el 21 de noviembre de 1902, menos de un año antes del panamazo.

En la tercera parte, titulada “La conquista de la paz”, en tres capítulos se analiza el periodo inmediatamente posterior al fin de la guerra de los Mil Días. En el capítulo IX se considera el “eclipse de los conservadores históricos”, sosteniendo la tesis central de que si los sectores políticos, liberales y conservadores históricos, ligados a la economía importadora-exportadora habían perdido la guerra, ellos iban a ganar la paz. Se relata y analiza la manera como resulta fallido el esfuerzo de los sectores más intransigentes del partido conservador por imponer sus propias condiciones excluyentes e intolerantes, que los lleva incluso a propiciar la fundación de un Partido Católico, confesional y sectario, que pronto naufraga por el consenso político logrado en 1902 en torno a la necesidad de restablecer la unidad política del país, esfuerzo de las clases dominantes que se ve reforzado por los sucesos de Panamá, que se analizan muy de paso en *Café y conflicto*, y de los que se analizan sus implicaciones en la consolidación de los sectores exportadores, cuyo primer objetivo es restablecer la estabilidad económica y monetaria, si se recuerda que la tasa de cambio del papel moneda alcanzó a llegar a fines de 1902 al espectacular promedio del 18.900.



El capítulo IX analiza el Quinquenio de Reyes (1904-1909), que se considera como la transición hacia el “nuevo orden” y en donde se plantea la necesidad de superar las secuelas de la guerra, así como atacar una de sus causas políticas fundamentales, como había sido el aislamiento político de los liberales y el exclusivismo conservador. Se co-

mentan las cuestiones atinentes a la modernización económica y productiva del país, así como los esfuerzos del gobierno de Reyes por normalizar las relaciones económicas y comerciales con Estados Unidos. Por último, el libro termina con "el bosquejo de un nuevo orden", que fue posible después de 1910 por la consolidación de la producción cafetera y por sus repercusiones internas, tanto en el plano económico como en el político. En el plano económico se consolidó la hegemonía de los intereses exportadores-importadores, expresados por igual en fracciones de los dos partidos, lo que contribuyó a legitimar el nuevo orden. Además, una de las particularidades de la economía cafetera es que se generó a partir de la pequeña propiedad, principalmente en el centro del país, y tanto la producción como la comercialización del grano estuvieron en manos de empresarios colombianos, siendo muy poca la influencia extranjera en ese sector. Esto tendría profundas repercusiones en la sociedad colombiana, ya que posibilitaría el desarrollo de una industrialización endógena y la consolidación de una infraestructura interna, cosas que no se habían podido generar en los efímeros ciclos agroexportadores del siglo XIX. Ya casi al final de su libro, concluye el autor que las características de la política colombiana en buena parte del siglo XX, tales como "la vitalidad continuada de los partidos tradicionales, el éxito limitado y las metas moderadas de los reformadores sociales y la continuada fortaleza de la Iglesia católica, se relacionan todos en parte con la estructura particular de la economía cafetera colombiana" (pág. 391). En contravía, esa estabilidad se empezó a romper cuando se vio agrietada la estructura familiar de la economía parcelaria cafetera, pero esto remite a otra serie de problemas, que desbordan los alcances de este libro.

Café y conflicto es una magnífica contribución a la historiografía colombiana, por lo que ya se puede considerar como un clásico sobre el estudio de uno de los fenómenos que

más han incidido en la configuración histórica de la sociedad nacional, como lo es el café. Se apoya en una muy variada gama de fuentes primarias, tanto nacionales como extranjeras, tales como información de archivos públicos y privados, manuscritos de dirigentes políticos de los dos partidos, tesis inéditas sobre Colombia elaboradas por historiadores norteamericanos y la literatura secundaria conocida en la época en que fue redactado el libro. El tratamiento de las fuentes es absolutamente meticuloso y exhaustivo, como suele ser costumbre en las obras históricas elaboradas en Estados Unidos.



En cuanto a la presentación formal de esta segunda edición es de lamentar que en el lomo del libro se haya deslizado el gazapo conflicyo (sic) en lugar de conflicto, lo que se nota a leguas y desdice del cuidado final en la edición de la obra. En su interior también aparecen dos equivocaciones en cuanto a fechas: en el gráfico 1, pág. 56, en lugar de 1900 dice 1990, error que se vuelve a repetir en la página 241.

Se le pueden hacer unos pequeños reparos al libro, tales como el uso impropio e inadecuado de las denominaciones "clase alta" y "clase baja", que a mi modo de ver no son ni los términos más consistentes ni más precisos para estudiar una realidad social. Tal vez dicen más las nociones de "oligarquía bipartidista", usada por Marco Palacios, o las de clases dominantes y

clases subalternas. Este punto no es simplemente terminológico, ya que él remite a una determinada concepción sobre el análisis de la estructuración social. De la misma manera, en el libro faltó un análisis más detallado del mundo cafetero; es decir, sobre la vida en las haciendas y en las economías parcelarias, y, por lo tanto, como su autor lo reconoce en el prólogo a la segunda edición, no se considera la suerte de los trabajadores cafeteros, problema que ha sido abordado posteriormente por otros investigadores, entre ellos al propio Bergquist en su libro sobre los trabajadores en América Latina. También creo que en el libro no se efectúa una aproximación crítica a lo que Palacios ha llamado la "fábula de la colonización antioqueña", que habría contribuido a atenuar y matizar muchas de las afirmaciones sobre el carácter supuestamente democrático de la pequeña propiedad en la zona centrooccidental del país. Estos comentarios, desde luego, no desdibujan la calidad de una obra que es fundamental para entender diversos procesos históricos de la compleja realidad colombiana.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

De la B L A A

**Historia del arte colombiano
a través de la
Colección permanente
del Banco de la República**

Exposición permanente

En mayo de 2004, dentro de la actividad cultural que desarrolla el Banco de la República, se abrieron simultáneamente el Museo de Arte y la exposición de arte colombiano con un nuevo guion cronológico en la Casa de Moneda. De esta mane-